

parroquia y las de Monclova y Cuatro Ciénegas, que dista de la primera cerca de setenta leguas. De aquí tuvo que pasar al reciente mineral de Sierra Mojada, atravesando un desierto de cincuenta leguas, donde ocho años ántes solo transitaban hordas salvajes, ó gente armada de los pueblos, para perseguirlos y castigarlos por sus continuas crueldades, por los niños que se llevaban cautivos y por los frecuentes robos de ganados.

En Sierra Mojada, ahora famoso mineral, se habia formado un pueblo de más de seis mil habitantes en el corazón del desierto, donde confluyen los Estados de Durango, Chihuahua y Coahuila. Los habitantes del nuevo pueblo pertenecian á Coahuila, por estar en su territorio, y á la parroquia de Ciénegas por ser la más inmediata á él. Su Cura, que para impartirles algun auxilio espiritual, tenia que recorrer cien leguas de ida y vuelta, solo podia visitarlos dos ó tres veces al año, venciendo las dificultades de un penoso camino que carece de agua, porque la que habia entónces á distancia de veinte leguas de Ciénegas, y treinta de Sierra Mojada, era insalubre. El Ilmo. Sr. López, contra el parecer de los que conocian el terreno que iba á recorrer, salió de la Congregación de Santa Catarina despues del medio dia, adelantándose ántes un carro con barriles de agua para los animales de los coches.

Esa tarde caminó hasta las nueve de la noche, durmiendo á campo raso en la mitad del camino que atraviesa la histórica laguna de la Esche, donde no se vé un ser viviente por la carestia absoluta de agua,

pues su nombre de laguna lo debe quizá á que su piso semejante, por su planicie á una mesa de billar, es del color de la leche. Al dia siguiente, á las tres de la mañana, se emprendió de nuevo la marcha para llegar cerca de las doce á un punto llamado los Americanos, donde su agua de pozo es tan salada, que aún los animales no acostumbrados á ella, no la toman. Despues de unas dos horas de descanso, se emprendió de nuevo la jornada, llegando á la Sierra ó Hacienda de la Esmeralda á las diez y media de la noche, donde sólo una hora ántes se supo que llegaba Su Señoría Ilustrísima. El señor administrador de aquella negociación y su religioso vecindario, recibieron al Sr. Obispo con indecible regocijo, y el primero con mucha finura le dispuso un cómodo alojamiento y una asistencia exquisita durante los dias que se detuvo allí, para pasar despues al pueblo ó villa, distante de la Esmeralda una legua. En uno y otro lugar se destinó una sala para que sirvieran de capilla provisional.

Su Señoría Ilustrísima y dos sacerdotes que le acompañaban trabajaron continuamente por diez dias, sin tener más descanso que á ciertas horas muy avanzadas de la noche.

Muchos niños carecian del bautismo; centenares de personas de ambos sexos, de la confesión, y los más de confirmación y matrimonio.

Fuera de esto se predicaba por mañana y tarde, y se formaban grupos de niños y de personas grandes, que necesitaban una instrucción especial ó catequista.



¡Cuán abundantes fueron los frutos espirituales que se recogieron en aquellos días! Dos iglesias comenzaron á construirse, que en el día están terminadas y decentemente paramentadas, servidas por un sacerdote que vive en la casa cural que se construyó el año pasado.

Terminada la visita de Sierra Mojada, se emprendió la vuelta á Santa Catarina, á donde se llegó el tercer día, teniendo que andar á pié y con un sol ardiente, una parte del camino, por haberse cansado por falta de agua, las mulas de los coches. Una lluvia que providencialmente cayó á la una ó dos de la tarde, estando en la Laguna de la Leche, cambió la triste situación del Ilustre Prelado y de los que le acompañaban, y sin cuyo auxilio, tan oportuno, no hubiera podido salirse del peligro en que se hallaban por dicha falta de agua.

En los tres meses siguientes, visitó seis parroquias más, viéndose obligado á volverse á Monterey por una enfermedad que contrajo en tan laboriosa como útil visita. Fué recibido con particular afecto por sus moradores, los cuales quedaban maravillados de la paciencia y mansedumbre con que ejercía su ministerio pastoral y proveía á sus necesidades espirituales.

Más de una vez, en su tránsito por solitarios caminos, le salian á su paso humildes y rústicos campesinos, que con niños en sus brazos y con ademán reverente y filial, le pedian que los confirmase en unión de sus hijos, y el bondadoso Pastor, á la sombra de un árbol, ó á campo raso, y sin más abrigo que la bó-

veda del cielo, les administraba aquel Sacramento, dirigiéndoles á la vez su autorizada voz paternal para fortalecer su fe y alentarlos á cumplir sus deberes católicos.

A principios de 1888, restablecido un poco de su enfermedad, que habia minado tanto su antigua y robusta salud, emprendió de nuevo su visita, empleando en ella dos meses y medio, y extendiéndola á nueve parroquias, comenzando con la de Río Grande, distante cien leguas de Monterey. De la última tuvo que volverse á la capital, repentina y violentamente, porque se sintió tan gravemente enfermo, que se temió por su muerte. El médico que lo asistía de preferencia y los demás que lo visitaron, conocieron lo delicado de su salud y le dijeron que su enfermedad exigía que se descargase del excesivo trabajo que llevaba y que cambiase de clima. A fuerza de reiteradas súplicas se logró que se fuese al Saltillo y despues por dos meses á Guadalajara.

En esta ciudad se restableció un poco, y en los últimos meses del año se volvió á Monterey. Permaneció en la capital, constantemente achacoso, hasta fines de Junio de 1889 en que salió á continuar su visita, principiándola en la parroquia de Dr. Arroyo y en las demás situadas en el corazón de la Sierra Madre. No hubo pueblos ni rancherías de consideración donde llegase, que no recibiese de su Prelado los auxilios de su ministerio pastoral. En ellos, como en las demás de las diócesis, se conmovió profundamente al ver las señales del celo pastoral que cerca de dos siglos ántes habia dejado en Río Blanco,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ahora Aramberri, el Sr. Garavito, Obispo de Guadalupe, que por sí mismo catequizó á los indios de aquellos tiempos, bautizándolos, casándolos y reduciéndolos á la vida civilizada, y las muy recientes y muy vivas del Ilmo. Sr. Vereá, que tanto atraía á los fieles por lo fácil de su palabra y unción de sus prácticas doctrinales. Su venerable persona se recuerda con religioso entusiasmo y gratitud por sus habitantes, y no la olvidarán las generaciones venideras porque en todas partes dejó huellas indelebles y sapientísimas disposiciones para el buen gobierno de las parroquias, cimentó prácticas piadosísimas que avivaron la fe y devoción de sus diocesanos, que con tanta justicia lo amaron y quisieron. Esta visita duró cinco meses y comprendió la de ocho parroquias. En Enero de 1891 salió nuevamente y recorrió trece más, y en Octubre de dicho año con la última de Cadereita, concluyó su primera visita general, llevada á feliz éxito no obstante su muy quebrantada salud.

En Febrero de 1891 comenzó su segunda visita diocesana y la inició en Sierra Mojada, en cuyo mineral erigió una parroquia, bajo la advocación de Nuestra Señora del Refugio.

En Mayo y Junio del mismo año visitó cinco parroquias más; y desde entonces á la fecha, negocios de preferencia han reclamado su permanencia en la capital de la Archidiócesis.

El celo pastoral y genio administrativo del Illmo. Sr. López, se ha hecho sentir en varios é importantísimos objetos, que se relacionan con el gobierno de una Iglesia. Durante los cinco años, que ha es-

tado al frente de la de Linares, ha dirigido á los fieles, varias instructivas cartas pastorales; expedido para los eclesiásticos muchas luminosas circulares, sobre disciplina y administración de las parroquias, sobre institución de cofradías y asociaciones piadosas y sobre otros muchos puntos, tocantes al cuidado constante que han de tener para velar por la pureza de la Religión, por el esplendor del culto, por la extirpación de los errores y herejías y por la conservación de las buenas costumbres de los hijos de la Iglesia.

En especiales disposiciones ha mandado que en todos los curatos se establezcan escuelas parroquiales para niños de ambos sexos; que se funde la Sociedad Católica de Señoras y que se enseñe en las iglesias, conforme á su propio Reglamento, la doctrina cristiana. El mismo la ha establecido en varias partes, y personalmente preside la que funciona en la capital desde el tiempo del Ilmo. Sr. Vereá.

En Monterey fundó una escuela parroquial de niños, además de la que existe en el Seminario, á la cual concurren un número considerable de ellos.

Hace dos años fundó otra de niñas, auxiliado eficazmente por las señoras de la Sociedad Católica. Para esta escuela edificó una casa especial y cómoda proveyéndola, lo mismo que las de niños, de todos los útiles necesarios.

En otras parroquias se han fundado algunas por sus respectivos Curas, quienes las sostienen del mejor modo que les es posible.

Dos colegios de niñas, que halló existentes en lo

que formaba su diócesis, han continuado y mejorado notablemente.

En cuanto á obras materiales en la capital, el espacioso Templo del Roble, uno de los mayores de la República, que comenzó hace más de treinta años el Ilmo. Sr. Vereá é impulsó activamente el Sr. Montes de Oca, está concluyéndose su grandiosa cúpula para completar el exterior de ese costoso edificio. El del Sagrado Corazon de Jesus, del que sólo halló una parte de sus cimientos, está muy adelantado porque hace tres años y medio que se trabaja en él diariamente. A la Catedral la embellece hoy una elegante y bien construída torre.

En otros lugares se han hecho tres iglesias más, y en vía de construcción están otras, entre ellas la de Montemorelos, obra que por su gran costo se suspendió más de medio siglo há. Se han construido también tres casas curales y se han llevado á cabo importantes mejoras en diversas iglesias. La obra material del Seminario ha recibido también gran impulso, construyéndose, algunas salas para dormitorios de los internos y otros accesorios, que demandaba tan importante establecimiento.

Respecto de lo que sirve inmediatamente al culto divino en las iglesias, ha procurado el Ilmo. Sr. López que las más de ellas se provean de nuevos sagrados paramentos, muchas de preciosos cálices, custodias, copones, etc., objetos que frecuentemente hace venir de la capital de la República ó de otras partes.

En lo espiritual, se han establecido en casi todas las parroquias nuevas asociaciones religiosas, y las

que lo estaban un tanto decaídas, se ha restablecido en sus socios su primitivo fervor.

Para apreciar la notable mejoría que guarda la Archidiócesis, es preciso particularizar algunas de las cualidades que distinguen á su gobernante. El Ilmo. Sr. López escribe personalmente y con frecuencia á sus Curas. A todos contesta, aun sobre los asuntos más triviales. Está muy pendiente de lo que hacen y de las necesidades de sus parroquias. La dulzura paternal con que les escribe y aconseja, ha hecho que su clero lo estime y lo venera de un modo muy particular. No hay uno solo que le haya faltado ó causado una pesadumbre personal. La sumisión y respeto que le guardan todos los sacerdotes, no puede ser mayor para disfrutar de la dulce satisfacción, que ha de sentir un Prelado, cuando sabe que será obedecido en lo que mande, y que los deseos que manifieste son una orden para sus eclesiásticos. En este caso se halla nuestro biografiado.

En cuanto á los fieles ó seculares, su amable y dulce caracter es el mismo que respecto del clero. A todos atiende: á todo el que le necesita, recibe y oye; el que le escribe, está seguro de una contestación paternal y conveniente; y el que ocurre á su caridad, encuentra siempre una mano bondadosa que lo socorra.

Desde el año pasado se divulgó, que la Silla Apostólica iba á erigir tres nuevas Provincias en la República, y que una de ellas tendria su centro en Monterey. Ninguno de sus habitantes tuvo temor, que, en el caso de ser cierta aquella noticia, no recayear

el nombramiento de Metropolitano en el Ilmo. Sr. López, ya por el afecto y cariño que le tienen, ó ya porque sus revelantes méritos y virtudes lo hacían acreedor y muy digno de ocupar tan elevado puesto.

El 24 de Octubre fué público en la ciudad, que el Santo Padre había decretado aquellas erecciones, por que su ejecución se hizo en su Catedral con la debida solemnidad. En el Consistorio de 17 de Diciembre del año anterior; el Ilmo. Sr. López fué preconizado primer Arzobispo de Linares, y así se le anunció por un telegrama, venido de la capital del mundo cristiano. Monterey vió entonces, que su antiguo Prelado seguiría con aquel caracter, gobernando la nueva Metrópoli de Linares, y ansioso esperaba el día en que tomara la posesión canónica de su dignidad gerarquica, para celebrarlo con espléndida solemnidad.

Designado el 8 de Mayo de este año con tal fin, se asociaron anticipadamente respetables personas de la mas alta y culta sociedad reinera, y constituyéndose entre ellas una Junta, se ocupó ésta, hasta de los mas insignificantes pormenores, para preparar de antemano cuanto se creyó conveniente para dar al citado día 8 todo el brillo posible. Sabiendo que el Ilmo. Sr. Arzobispo de Guadalajara y el Sr. Obispo de San Luis vendrían á Monterey, nombró una comisión de distinguidos caballeros que los recibiese en la capital de Coahuila y los acompañase hasta esta ciudad en un tren especial que tenia dispuesto.

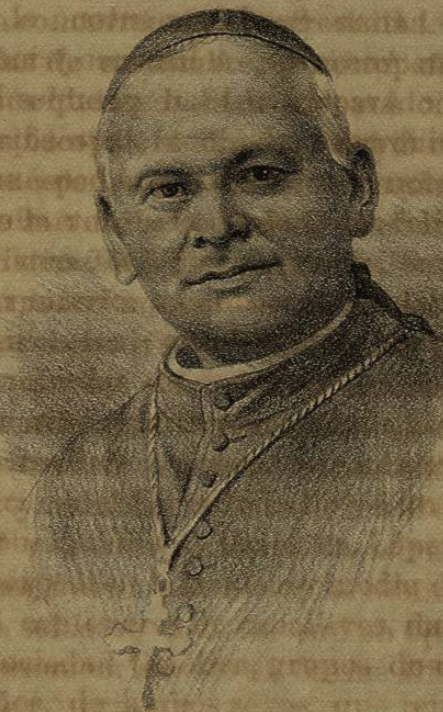
El 6, poco antes de las doce, llegaron á la Estación del Nacional, donde los esperaba el Ilmo. Sr. López,

su Cabildo, su clero, respetables y distinguidos caballeros y una concurrencia numerosísima. Pasaron allí las cortesías de costumbre, y acompañándolos, en varios coches que se habían preparado, hasta el Palacio Archiepiscopal, se dió la bienvenida á los esclarecidos huéspedes, y un ilustre y notable abogado, llevando la voz de la ciudad, los felicitó á su nombre. El mismo día 6 y el siguiente, se emplearon en adornar interior y exteriormente la Catedral y el Palacio Arzobispal; y se hizo con tan exquisito gusto, que las miradas de todos se dirigian á esos edificios públicos: se repartieron, además, por la Junta, tarjetas de invitación para asistir á la misa pontifical, imposición del Sagrado Palio y á un banquete con que se obsequiaría al Ilmo. Sr. López y á sus respetables huéspedes. A las siete y media de la mañana del día 8, centenares de caballeros, damas distinguidas, la Sociedad Católica, grupos de cándidos y graciosos niños, de ambos sexos, que representaban colegios y escuelas, y otros de asociaciones religiosas, acompañaron á los Ilmos. Sres. Arzobispos Loza y López hasta la Catedral, porque iba á dar principio la ceremonia, con tanta ánsia esperada. La nave central de la Catedral, llena de asientos, lo ocuparon las personas invitadas por tarjeta especial.

La misa comenzó á las ocho en punto, oficiando el Ilmo. Sr. Loza y cantado el evangelio; ocupó la Sagrada Cátedra el Ilmo. Sr. Montes de Oca. Su discurso, á la vez que oportuno, fué bellissimo, como todos los que salen de su correcta pluma. Terminada la misa, el Ilmo. Sr. Loza procedió á la imposición

del Sagrado Palio, conforme lo prescribe la Iglesia; y luego el Ilmo. Sr. López entonó el hermoso himno de San Ambrosio. A las once y media volvieron al Palacio Arzobispal los respetables Prelados, bajo el mismo orden procesional; y media hora después tuvo lugar el espléndido banquete, en el que reinó tanta armonía, tanto afecto, tanta alegría, que sería tarea difícil, si no imposible, describir los sentimientos y demostraciones de una concurrencia tan numerosa y escogida, y cuyos pechos estaban henchidos del sincero y entrañable amor y veneración que profesan á su primer Arzobispo, Ilmo. Sr. López.

Para coronar esas mismas demostraciones, por la noche se iluminó con luz eléctrica, y con tanta profusión, la Catedral y su majestuosa y bella torre, que destacándose sobre toda la ciudad, anunciaba el justo regocijo de que estaban poseídos sus moradores, por el feliz suceso de ese día memorable.



ILMO. SR. DR. D. PERFECTO AMÉZQUITA,  
OBISPO DE TABASCO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA